

Felices Christmas

Ofrecemos como punto de partida un texto publicado por María Elena Walsh en el diario Clarín, el 23 de diciembre de 1994. Si bien ha pasado algún tiempo luego de su publicación, es un escrito que conserva toda su actualidad.

El texto

Muchos comerán como termitas, otros los mirarán comer. Así sucedía en las antiguas monarquías: cuando a uno lo invitaban a palacio, llamárase Mozart o Pérez, tenía el privilegio de ver cómo los reyes comían, después le daban algo en la cocina. Pero el sujeto se pavoneaba diciendo: los reyes me invitaron a comer, y era cierto. Así fue como el pobre Hans Christian Andersen realizó su sueño de ser invitado a tomar chocolate con la reina de Dinamarca: le hizo una gran reverencia y se sentó en una banqueta a verla chocolatear.

Algo parecido sigue sucediendo en los banquetes de Nochebuena y Navidad. Pasaré por alto el hecho de que deglutamos comidas invernales y estemos obligados a compartirlas con los cuñados. Hace generaciones que nos quejamos de eso pero la queja no pasa de ahí. Hoy comamos y bebamos, como dice la canción, y nuestro buen deseo será que los jubilados no se empachen.

También nos mirarán comer vidrieras –con sus vidrios- y atiborrarnos de toda especie de cachivaches “navideños”, oferta que últimamente adolece de una obscena monotonía y ningún significado, pero cada vez “vende más”.

Seamos consumistas, si podemos, a fecha fija, sin tener ya la más remota idea de qué es lo que festejamos. Para los creyentes, éste es el milagro más profundo, nada menos que el origen de una religión: el nacimiento del Mesías, algo que nos reafirma en el tronco judeo-cristiano (partido al eje, pero tronco al fin). Para los no creyentes, es uno de los mitos más bellos y perdurables. Para los artistas, incesante fuente de inspiración. Bastaría recordar el Oratorio de Navidad de Juan Sebastián Bach para poner en fuga a toda la música de pacotilla.

Nieve artificial

Un muy selecto grupo de personas hemos fundado para esta ocasión un club exclusivo: el Vomit Resort. No vamos a comer sino a vomitar. La náusea nos llega a las orejas y viene de lejos, de décadas atrás nos la traen todos los vientos, canales de TV, revistas, almanaques, tarjetas y reproductores de sonido. Los destacados miembros del Resort no vamos a devolver comida, sino una catarata de basura, léase: las notas del Jingle Bells, los trineos en la nieve, la nieve de algodón, los Papá Noel, los renos, las bolas brillantes, los abetos con luces intermitentes, las campanitas, los pinos de plástico plateado (nieve incluida), las coronas de acebo, los moños dorados, los electrodomésticos envueltos en papel ad hoc y el papel ad hoc, la palabra Christmas verbal o escrita, los moños, las guirnaldas y sobre todo a Macaulay Caulkin, protagonista de “Mi Pobre Angelito”.

Vamos a vomitar toda la nieve que nos han mandado en tarjetas y películas, todos los fríos de órdago y de muérdago que nada tienen que ver con nosotros, los buscapiés y los rompeportones, los repasadores oro, verde y grana, los saludos en inglés y las gansadas alusivas. Vamos a vomitar hasta las entretelas, vamos a vaciar el archivo hasta la última pelusa de nieve artificial y el postrer pelo de la barba de Santa Claus.

¿Algún alma bondadosa podría explicarme qué tiene que ver todo este rejunte invernal de obscena mercadería con el festejo de la Navidad en un país que publica a diestro y siniestro que es católico, apostólico y romano?

Rejunte invernal

¿Alguna persona culta podría explicarme por qué nos sometemos a este carnaval, sin chistar? Yo también soy culta, les garanto: sé muy bien que Platón incendió Roma y que una pinacoteca es un monte de pinos. Y ya me contaron los intrínquilis paganos, célticos, nórdicos, que convergen en esta ocasión. Y nosotros, en pleno verano caliente, ¿qué culpa tenemos? Quizás una sola, pero gravísima: la falta de imaginación, esa que nos impide inventar algo distinto de este comercio uniforme, o exhumar, recicladas como sean, nuestras tradiciones de imaginiería, tallas, cantos y representaciones. Virtudes de la Iglesia romana son su colorido y su carencia de severidades iconoclastas. Desde el arte, las artesanías y la costumbre, hemos representado los cuerpos, dramatizado las escenas y cantado las coplas. La austeridad de la Reforma transformó a San Nicolás de Bari en un viejito tan buenudo como profano, tan neutro como abrigado para soportar el invierno europeo.

¿Y quiere alguien explicarme por qué, en una fiesta de la infancia (nace un Niño y sospechamos que María era poco más que una niña) el símbolo excluyente ha pasado a ser un anciano disfrazado, enteramente cocoliche en nuestro acalorado mes de diciembre? ¿Queremos suprimir al Niño, integrando la patota de Herodes? La Sagrada Familia, como en su origen, huye y se refugia donde puede. Está en la cola de los deportados y se ampara en los rincones de las iglesias. Algunas monjas creativas organizan pesebres vivientes criollos, con perros y gallinas a falta de animales de mayor bulto.

El primero (y último) gesto divertido en esta materia lo cometió San Francisco de Asís, allá por 1223. “En una gruta cercana al bosque, preparó escenas minúsculas que reproducían la llegada del Señor y que hoy conocemos con el nombre de Nacimiento o Pesebre: el Niño Dios, el burro, el buey y los pastores. En los últimos años ha perturbado la pureza de esta recordación cristiana el extraño árbol de Navidad que nada dice con respecto a la fiesta misma y se trata en cambio de un renacido culto idolátrico, que sólo la moda ha conseguido imponer. No menos extraño es el famoso Papá Noel bajando por la chimenea con bolsas repletas de juguetes.” Extraigo estos datos de la obra de mi siempre oportuno y enciclopédico amigo el profesor Félix Coluccio.

No insistamos en denigrar el comercio navideño porque los inversores extranjeros pueden asustarse y seguir viniendo y porque a la gente le importa un reverendo pepino. Me parece escuchar el comentario: -¡Bruja, amargada, comunista, periodista, subversiva!

Como quieran, pero lo cierto es que formo parte de ese Club que necesita piso, tierra bajo los pies, señales que nos permitan entender que aquí nacimos y vivimos, y que la escenografía que nos imponen cada vez con mayor prepotencia acabará volviéndonos idiotas o locos de atar. Tenemos nostalgia no de tiempos pasados que fueron mejores sólo porque éramos más jóvenes, tenemos nostalgia de reconocer algo propio, nos da asco ser ciudadanos de Disneyworld, nos resistimos a ser despojados de lo poco o mucho que supimos conseguir..

Para muchos, parte de esa Pachamama donde nacimos es la tradición cristiana, y según se dice, mayoritariamente católica. Quizás, aunque hayamos desertado, el catecismo nos grabó algunas estampitas y una marca de pertenencia. Los fieles de distintos credos y los infieles a secas hemos convivido y compartido respetuosamente nuestras tradiciones inmigratorias. Esta tergiversación de la Navidad no supone una lucha entre creencias, como las tan terribles que se desatan hoy mismo en el mundo. Y no lo es no porque seamos buenitos, sino sencillamente porque esta celebración ha sido expurgada de todo sentido religioso, o espiritual, o estético.

El precio que pagamos por tanta chafalonía, por tan frívola derrota de nuestra cultura, es un pasaporte al exilio dentro de las propias fronteras.

Algunas pistas de reflexión

- La invitación es a compartir las resonancias del relato, corroborar qué sentimientos surgían en nuestro corazón, poner en común qué ideas nos vinieron a la mente cuando lo leíamos.
- Un segundo paso puede ser el completar lo que describe María Elena Walsh con otros elementos que hoy, a nuestro juicio, desnaturalizan la celebración de la Navidad.
- No sería malo comparar el relato del nacimiento de Jesús de Lucas con nuestra celebración de Navidad. Descubrir qué elementos se mantienen y cuáles deberían tener una preocupación mayor.
- Hacer hincapié en Navidades pasadas, en las actuales y en las que quisiéramos celebrar. No tener miedo de plantear encuentros comunitarios/familiares, momentos de oración y celebración conjunta, etc.

Para terminar

- Sin querer caer en una actitud iconoclasta, podría plantearse en el equipo/comunidad de catequistas algunos pasos para que en los ambientes de la parroquia la decoración que se suele utilizar para este tiempo sea auténticamente “navideña”, quitando o no volviendo a colocar aquellos adornos navideños que no dicen nada del nacimiento de Jesús.
- Puede ser un buen cauce de expresión de lo que significa el nacimiento de Jesús el crear tarjetas de saludos que dejen de lado las frases o imágenes hechas, y se concentren en el eje de la Navidad.

Algunos textos

- Sería oportuno también repasar las diferentes actitudes ante el Nacimiento de Jesús, y compararlas con las nuestras ante la próxima Navidad.

- Podemos tomar a María (Mt. 2,10-11; Lc. 2,15-18), José (Mt. 2,13-15), Herodes (Mt. 2,16-18), Los Magos (Mt. 2,1-12), los Pastores (Lc. 2,8-20) y los Vecinos (Lc. 2,17).
- El mirar con detenimiento los textos del nacimiento de Jesús nos puede dar mayores pautas para ponderar nuestra celebración de ese acontecimiento.